

EL INSACIABLE ASCENSO DEL ALCA

José Carlos Fernández Rozas

La adopción de nuevos modelos de regionalismo abierto ha permitido avances significativos en el área de América Latina y en el Caribe que pasó, acaso de manera traumática, de una etapa intervencionista de fuerte matiz nacionalista, a un marco claramente neoliberal, con una importante reducción del papel del Estado.

La década de los 90 introdujo una palpable armonización de políticas comerciales con la adopción de reglas de mercado y una cierta homogeneidad en las políticas económicas externas, que se vieron reforzadas con la aparición de la OMC y la participación en ella de los países latinoamericanos. Sin embargo, frente a las expectativas que se produjeron en los años 60, los desarrollos practicados muestran que los intentos de integración en la zona (Comunidad Andina, Caricom, Mercosur, etc...) están experimentando insistentes crisis y marcados estancamientos, buscándose salidas nuevas que aporten soluciones más inmediatas y realistas. El ascenso indiscutido del ALCA camina en esta dirección.



Falta una auténtica voluntad política por parte de los Gobiernos, a la vez que se evidencia la ausencia de una continuidad en los propósitos, como consecuencia de la inestabilidad y los breves periodos con los que en un Estado concreto se suceden gran cantidad de gobiernos que ofrecen en sus programas alternativas distintas. Se niega, de esta suerte, que la vocación integradora constituya una “política de Estado”. Los procesos emprendidos no consiguen alcanzar los objetivos mínimos fijados en sus textos originarios, lo que obliga a ensayar nuevos modelos, quedando muchas veces tanto esfuerzo reducido a una simple “área de negocios”. No basta compartir objetivos comunes en materia de integración para que el proyecto llegue a buen término; es menester que exista un mínimo de coordinación política que se proyecte en sectores como el industrial, la política exterior, la política migratoria, la actitud frente a la deuda externa o el marco de la defensa. Baste retener que los modelos de integración se han mostrado del todo

insuficientes para resolver cuestiones puntuales como, por ejemplo los problemas planteados por la baja de los precios de las materias primas, la pobreza o el desempleo.

Incluso Mercosur, que es el abanderado del proceso tras haber emprendido el camino hacia el establecimiento de un arancel aduanero común, refleja el ambiente descrito, como se ha demostrado en la “crisis del calzado” entre Argentina y Brasil de 1999 o en el “conflicto lácteo” de diciembre de 2000, al imponer Brasil un arancel extra del 46% a la producción de leche uruguaya y argentina, por considerar que las empresas productoras que exportaban leche a su mercado estaban incurriendo en prácticas de *dumping*. Desde la perspectiva argentina se aduce que tal actuación sólo se justifica por el interés brasileño de provocar un alza del arancel externo común del Mercosur en un momento en que se estaba realizando una compleja negociación tendente a reducirlo. Sin embargo, la verdadera razón no era otra que las secuelas en este marco comercial de la devaluación del real que se produjo a comienzos de 1999.

Los modelos adoptados a comienzos de los años 60 en el seno de la hoy Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI) no parece que se acomoden a las circunstancias actuales del comercio internacional. Dichos modelos corren el peligro de quedar absorbidos por la tendencia insaciable de otros arquetipos en constante expansión desde la Cumbre de las Américas de 1994, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte y el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA). No en vano gran parte de los Gobiernos latinoamericanos contemplan el ALCA como el camino más rápido para acceder de manera preferencial a los mercados de Estados Unidos y de Canadá. El propio Sistema Económico Latinoamericano (SELA), que nació con el objetivo de incentivar la cooperación regional, no ha tenido éxitos notables en el proceso integrador. A partir de aquí asistimos a una nueva etapa que pudiera calificarse de doble o de triple “militancia” de los países: la búsqueda de alianzas con la UE para equilibrar el peso estadounidense en América Latina y el Caribe, la participación activa en el proceso integrador que corresponde al área donde están ubicados y la negociación en el modelo que ofrece el ALCA. El ejemplo de Chile es significativo, al negociar en paralelo una alianza comercial con Estados Unidos y otra con Mercosur, en términos sumamente duros, sin olvidarse de la UE. Debe tenerse en cuenta que Chile tiene los aranceles más bajos que el resto de los países del área mercosureña y ha de esperar que se produzca una liberalización en éstos para poder adoptar una paridad arancelaria.

También es significativo el caso de Brasil que, pese a su pertenencia a Mercosur, aspira a liderar el bloque del cono sur dentro del ALCA. Un ejemplo de tal actitud se observó en marzo de 1999, cuando se conoció que Brasil estaba negociando de manera individual con los países de la Comunidad Andina (CAN) un acuerdo de preferencias arancelarias y eventualmente de libre comercio, ignorando los mecanismos usuales del Mercosur, donde este tipo de negociaciones se realizan en bloque, o con informaciones simultáneas entre los otros miembros. Ello produjo el consiguiente deterioro de las relaciones entre los dos miembros más importantes. Tras esta crisis, los Gobiernos de Argentina y Brasil se han ido despegando paulatinamente de la proyectada construcción de una unión aduanera, reconociéndose que el Mercosur atravesaba su peor crisis tras la firma del Tratado de Asunción.

(*Gaceta de los Negocios*, 10 de marzo de 2001)